—Una niña pequeña.

—¿Y nada más?

—Y dos niños, uno mayor que el otro; el más chico lloraba, el otro se reia á carcajadas.

El corazón de Isidora se oprimió dolorosamente; el que lloraba era su hijo. Hizo un nuevo esfuerzo, y volvió á preguntar:

—¿Y no habia nadie más allí?

—Cuando dejé la maceta, no; pero cuando ya me iba, entró en la tienda una señora.

—¡Ah! ¿y vió las flores?

—Debió verlas; pero cuando ella entraba en la tienda, salia yo.

—¿Dijo V. que eran de parte de la señora Isidora?

—¡Vaya si lo dije, al señor gordo!

—Está bien; vaya V. con Dios,—dijo Isidora, poniendo una moneda en la mano del conductor.

Después continuó su camino hacia su casa, sumergida en amargas reflexiones.

Todo el día pasó llena de tristeza, y oprimida por crueles presentimientos: recordaba con dolor la belleza, las gracias, la delicadeza de su hijo, y se decía que cada una de aquellas ventajas seria un motivo para que le aborreciese más Gervasia.

Gervasia tenía envidia por su hijo; por su hijo tan feo, tan grosero, dotado de tan perversa indole; y ya se sabe que la envidia maternal engendra el más cruel y amargo de todos los resentimientos.

La pobre Isidora lloró y meditó mucho; pero cuando vino su padre, nada quiso decirle para que no se afligiera, y porque recordaba además que se habia casi opuesto á que Eduardo fuese á aprender el oficio de diamantista.

El anciano Crisóstomo, sabiendo lo que sucedia, hubiera sacado él mismo al niño de casa del portugués: y esto era lo que no hubiera querido Isidora por nada del mundo, porque recordaba una conversación que habia tenido con su marido pocos dias antes de morir éste.

—Isidora (la habia dicho, tomando de pronto un aire casi solemne); si yo viviese, nuestro hijo tendria mi mismo oficio: si me muero, procura tú que no tenga otro.

Estas palabras que podian expresar la alucinación de una cabeza enferma, quedaron grabadas profundamente en el alma de aquella mujer, buena, religiosa y sencilla; no pensó en el sentido que podrian encerrar; no pensó en comentarlas, sino en obedecerlas ciegamente, y sin permitir á su conciencia la más leve objeción.

Asi, pues, todo hubiera sido más fácil que persuadirla de que debia sacar á su hijo de casa del joyero: hubiera preferido para él el martirio á que desobedeciese la última voluntad de su padre.

IV.

Eduardo pasó el día en un estado de angustia y de abatimiento inexplicables: por más que hacía esfuerzos para contener las lágrimas, éstas se agolpaban á sus ojos.

Aquella tienda le ahogaba cada instante más: le daba miedo el semblante pálido y severo de Gervasia, y le causaba ira la risita burlona de Lorenzo.

Sólo dos personas había allí cuya vista no le hacía daño: el señor Rodrigo, y su sobrina Julieta.

Aquella niña era una bendición encarnada en un cuerpo de ángel; su mirada, al levantarse desde su labor hasta Eduardo, esparcía en torno suyo una claridad maravillosa: parecíase á un rayo de sol.

El joyero no quiso dar que hacer á Eduardo por aquel día; le veía tan abatido, que le quiso dejar en una completa libertad; pero el uso que hizo de ella fué sentarse en una silla y ocultar su cabeza entre las manos.

No almorzó ni comió: y por la tarde, cuando fué su madre á buscarle, iba pálido y debilitado.

Pero al día siguiente hubo de volver al taller, y ya se le señaló que hacer: tuvo que limpiar alhajas, como Lorenzo.

Por la tarde se le acercó Julieta, y le dijo con su dulce vocecita:

—¿Quieres subir á tocar el piano conmigo?

Eduardo movió melancólicamente la cabeza.

—Vamos (insistió Julieta): sube arriba, y te distraerás un rato; además del piano, tengo un hermoso jazmín que me ha dado mi madre para que lo cuide; es el que la tuya envió ayer por la mañana.

El pobre niño tenía, á pesar de su repugnancia á las labores mecánicas, un carácter dulce y complaciente, y más por no desairar á Julieta que por otra razón, la siguió al piso superior.

Pero las armonías del piano le hicieron llorar; y cuando su madre fué á buscarle, aún estaban sus ojos humedecidos.

Gervasia salió al encuentro de su antigua amiga; pero no estaban pintados en su semblante la cordialidad y la confianza: la expresión de sus facciones era austera, ó más bien amarga; parecía que llevaba en el alma una ofensa cruel é incurable.

—Isidora (la dijo): desiste de que tu hijo aprenda el oficio de joyero: le has criado para eso con demasiado mimo, con demasiada *finura*, como dices tú misma, y no conseguirás nada con tu empeño; tan tosca profesión, es sólo buena para mi hijo, que es tosco también.

Isidora guardó silencio durante algunos instantes: el golpe iba dirigido al corazón; pero era tan rudo, que tardó algún tiempo en penetrar en él. Conociendo que debía responder algo, trató de cobrar aliento, y dijo:

—Perdona, Gervasia; pero no puedo dejar de querer que sea mi hijo lo que fué su padre, y lo que éste quería que fuese él mismo.

—Entonces desiste de que aprenda aquí el oficio de joyero.

Isidora miró asombrada á su antigua amiga.

— ¡Dios mío! (exclamó): ¿ha hecho alguna cosa mala mi hijo?

—Me fastidia verle llorar todo el día, y creo que harías mejor en dejarle que sea músico.

—¿Pero y la voluntad de su padre?

—El respetar esas cosas, se queda para nosotros los palurdos (repuso Gervasia con una hiriente sonrisa); vosotros la gente fina, culta, delicada, debéis olvidarlas y dejarlas para los que os envidiamos.

Isidora no respondió ya una palabra á esta nube de injurias y sarcasmos: se levantó digna y severa, y dijo á Gervasia:

—Veo que te has convertido en mi mortal y mi única enemiga.... por tanto, es inútil que hablemos.... Tampoco quiero que te moleste mi hijo, y así me lo llevo, que no le faltará donde aprender lo que aquí se le rehusa. Vamos, hijo mío, mi pobre huérfano.... ¡vamos!

Lágrimas dolorosas brotaron de los ojos de la viuda al pronunciar

estas palabras, y tomando de la mano á su hijo, salió de la tienda del Sr. Monthobán.

Por aquel dia no pensó en nada más que en ir á encerrarse en su casa con su aflicción.

En cuanto á la familia del joyero, cada uno expuso sus sentimientos á su manera, al ver salir á la madre y al hijo.

—¿Cuándo dejarás las rarezas de tu genio, hermana?—preguntó con gran flema el grueso joyero.

—¡Gracias á Dios que se va el Jeremías!—dijo á su vez Lorenzo, con una malvada satisfacción.

—¡Pobre Eduardo!—balbuceó Julieta, bajito para que nadie la oyese.

Cuando llegó el señor Crisóstomo, encontró á su hija llorosa y abatida, y á su nieto encerrado en un cuarto, al que le habia relegado la dolorosa cólera de su madre.

Isidora enteró á su padre de cuanto habia pasado, y éste la consoló del modo que saben hacerlo los padres de su carácter.

—Hija mía (le dijo luego): creo que la vocación del niño es ser músico; dejémosle que lo sea.

—Padre mío (repuso Isidora): si no quiere V. que tenga un remordimiento eterno, déjeme V. hacer de él lo que su padre ha sido: hay en la ciudad otras tiendas de joyero, además de la de Monthobán.

El anciano no respondió nada; pero fué á abrir el cuarto en que estaba encerrado Eduardo, al que abrazó y se llevó á paseo.

V.

Isidora no desistió de su empeño, y llevó á su hijo á dos talleres más de joyería que habia en la pequeña ciudad de G....; pero nada consiguió: la fama de lo indómito, lo perjudicial y lo impertinente que era el chico, habia corrido, extendida por Gervasia y por su hijo, que, en tratándose de hacer mal, podía más que diez personas mayores.

Así, pues, el niño no pudo tener acceso en ninguna parte.

—Es demasiado pequeño.—Tenemos ya aprendices.—No le necesitamos.—Esto fué lo que en todas partes se contestó á Isidora.

Pero no era ella mujer que en asuntos de conciencia cediese fácilmente; creia que su hijo debía ser joyero, y en tanto que durase su vida, se habia de consagrar á lograrlo.

Empezó á indagar quién iba á Madrid, y le dieron noticia de un sacerdote de la ciudad, á cuya casa se dirigió, sin vacilación alguna.

—Señor cura (le dijo): tengo un hijo que su padre queria que fuese joyero, y aquí no tiene donde aprender el oficio; mucha pena me cuesta el separarle de mi lado, pero no hallo más remedio para cumplir la última voluntad de mi difunto. ¿Quiere V. llevarlo consigo á Madrid? Le deberé á V. en ese caso la tranquilidad de mi conciencia.

El buen sacerdote se avino á ello, y aun le aseguró que no se separaria el niño de su lado hasta que él mismo le buscase una buena colocación.

Luego, como era muy pobre, pues casi todo lo que tenia lo daba á los indigentes, tomó el bolsillo que le entregó Isidora para los gastos de su hijo.

El abuelo nada supo de estos preparativos; la diligencia partió á las cinco de la tarde, esto es, cuando él estaba en el taller, y cuando volvió á su casa á las siete, se halló con un puesto vacío en su modesta mesa, y con su hija que lloraba copiosamente.

—Vamos, mujer, vamos; consuélate (dijo el anciano): para todo hay remedio en el mundo, menos para la muerte; llama al niño, y cenemos.

Los sollozos de Isidora redoblaron, y no pudo responder una palabra.

Su padre siguió consolándola, y creyendo que la cena pondría fin á aquella aflicción, se levantó para ir en busca de su nieto; pero ¡ay! en vano lo buscó por todos los aposentos, por todos los rincones de la casa. Eduardo no estaba en ella.

—¿Dónde está? ¿dónde está? (exclamó volviendo al lado de su hija.) ¿Qué has hecho del niño?

—¡Lo he enviado á Madrid!—balbuceó Isidora entre sollozos, y como si aquellas palabras abrasaran sus labios al pasar y la destrozaran el alma al salir de ella.

Después de aquel esfuerzo supremo de su voluntad, dobló la cabeza, se secaron sus lágrimas, y quedó anonadada é inmóvil.

Crisóstomo no halló ni una palabra que decir; la cólera, la aflicción, las enviaban en tropel á su mente, pero ninguna se podía abrir pasó á través de sus apretados labios; desplomóse en una silla anonadado y convulso: no sabía en dónde estaba ni lo que hacía.

Por fin rompió á llorar, y cuando la aurora envió su blanca luz a las ventanas de la casita, halló al anciano sollozando á intervalos, y á Isidora desmayada de fatiga, de dolor, y presa de una debilidad nerviosa, consecuencia de la violencia de sus pasadas y desgarradoras emociones.

Casi al mismo tiempo despertó Gervasia, sintiéndose aliviada de un peso enorme.

Ya no tenía allí cerca de ella aquel muchacho que era como una afrenta perpetua de su hijo.

Vistióse, y su primera diligencia fué ir á casa de los dos colegas de su hermano, para ver si habían recibido en ellas al hijo de Isidora, y volvió á su casa muy alegre, con la seguridad de que había sido rechazado en las dos.

¡Qué horrible cosa es la envidia! ¡Cómo roe, destroza y devora todos los buenos y nobles instintos del corazón! Gervasia no era ya la mujer buena, ejemplar y piadosa: era una furia llena de veneno y de rencor.

Cuando ya iba á entrar en su casa, se halló á una de sus vecinas, que la saludó, informándose de su salud.

—Yo estoy mala (añadió): porque anoche cogí un catarro bueno por ver marchar al chiquillo de Isidora.

—¡Cómo marchar!—repitió Gervasia, poniéndose pálida.

—¡Pues qué, amiga! ¿no lo sabía V.? Ha marchado á Madrid.

—¡Á Madrid!

—Justo: con el señor cura.

—Pero, ¿á qué va á la corte?

—¡Toma! Á aprender á joyero: yo oí que el señor cura decía á Isidora: «Descuide V.; nada le faltará al niño; se le colocará en la joyería de S. M., y hará su suerte.»

Gervasia se puso lívida. ¡Aquel niño á Madrid, á la corte! ¡Y sería quizá con el tiempo un artista de fama y nombradía! ¡Uno de aquellos artistas que ella admiraba en el delirio de sus sordas ambiciones! ¡Eduardo en Madrid, y su Lorenzo en el rincón de aquella humilde provincia! ¡Oh desesperación!

La vecina entró en su casa, y la envidiosa quedó por algunos instantes pensativa: luego, en vez de entrar en la suya, volvió pies atrás, y se encaminó á la del señor Crisóstomo.

Una sed invencible de saber la devoraba: aborrecía á aquella familia, y sin embargo quería verla de cerca y oirla.

Ya eran cerca de las diez cuando penetró en aquella casa, dos días antes tan dichosa, y ahora llena por su causa de luto y espanto.

Lo primero que halló en la antesala fué al señor Crisóstomo, que acababa de llevar al lecho en sus brazos á la pobre Isidora, privada de sentido: el anciano había vuelto á su asiento con esa especie de instinto maquinal, propio de las grandes aflicciones.

Al ruido que hizo Gervasia al entrar, volvió la cabeza, y el horror se retrató en sus venerables facciones.

—¿Viene V. á gozarse en su obra? (la preguntó el irritado anciano.) Ya no le hará á V. estorbo mi pobre niño; pero, al menos, no quiero que V. nos lo haga tampoco á mi hija y á mí.

Dichas estas palabras, tomó á la viuda por un brazo, la sacó fuera de la habitación, y cerró la puerta con estrépito.

Aquél ruido sobresaltó á Isidora, que, deslizándose de la cama, salió á la puerta, y pudo ver la expulsión de Gervasia; entonces se puso á reir con una alegria que tenia mucho de delirante, y exclamó:

—¡Ah! ¡es ella! ¡Es ella, padre mio! ¡Bien hecho, bien hecho! ¡Ella me ha robado á mi hijo! ¡Y es preciso que jamás vuelva á entrar aquí!

Estas palabras llegaron á oidos de la viuda como una maldición formidable, pero justa.

Bajó aterrada la escalera, y entró en su casa, trémula y descolorida.

Desde aquel dia, todos los malos instintos de Lorenzo tomaron un vuelo prodigioso.

Hubiérase dicho que Dios, supremo juez de cuanto existe, justo y eterno reparador de agravios, quería castigar á aquella mujer su dureza para con el pobre Eduardo.

Una carta del buen sacerdote que habia llevado á Madrid al hijo de Isidora, vino á volver alguna tranquilidad al ánimo abatido de esta pobre mujer.

Le decía que estaba colocado en casa del diamantista de S. M.; que allí era tratado con bondad, y que, además, le habia conseguido permiso para que empleara las veladas en aprender la música, á la cual se mostraba tan aficionado.

«Solamente necesita, concluía el buen sacerdote, que Vds. le ayuden un poco, así para vestirse como para pagar al maestro de música, pues ya que se aviene á lo que Vds. quieren, me parece muy justo que se le deje cultivar su afición por aquel arte.»

—Isidora y el abuelo derramaron lágrimas al leer esta carta.

—¡Hijo mio! (exclamó la viuda.) ¡Yo le enviaré todo cuanto tenga para que nada le falte! ¡Que aprenda, que aprenda la música! ¡Yo no queria que lo tuviese como profesión; pero así es otra cosa! ¡Nada le faltará! ¿No es verdad, padre mio, que le enviaremos todo lo que necesite? ¡Oh sí! ¡Y llegará á ser un buen joyero, que era la ambición de su padre, y quizá también un excelente músico!

Isidora dijo todo esto de un tirón, sin descansar ni tomar aliento: su padre sonreia, pero estaba pensativo.

—¿Por qué no nos habrá escrito él? (se preguntaba.) ¿Estará irritado con nosotros? ¿No nos querrá ya?

Pero todos estos pensamientos se desvanecieron ante la hermosura de la evidencia. Eduardo estaba bueno, estaba colocado, tenía porvenir: ¡eran felices!

Isidora salió aquel dia con la carta del sacerdote en la mano; recorrió una por una las casas de todas sus conocidas, así las que realmente se interesaban por ella como las de las murmuradoras y entrometidas; á todas les leyó su querida carta; á todas participó su buena fortuna: así fué, que por la noche todo el pueblo sabia ya el risueño porvenir que se preparaba al nieto del señor Crisóstomo.

En todas partes se hicieron comentarios; en la que menos se habló del caso fué en la de Monthobán.

He aquí cómo se supo.

La señora Gervasia se hallaba á la puerta pasando esas horas, desocupadas aun para la mujer más laboriosa, que median entre la muerte de la luz del dia y la vida de la luz artificial.

La viuda estaba sombria y taciturna: un ancho pliegue, que habia aparecido desde que los malos pensamientos ocupaban su corazón, ocupaba á su vez el espacio vacio entre sus dos negras cejas. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada distraida, y permanecia inmóvil en el quicio de la puerta, mientras tanto que su hermano, en el interior de la tienda, balanceaba sus gruesas piernas sentado en una silla y esperando la cena.

La vecina que algunos dias antes habia dicho á Gervasia que el pequeño Eduardo se habia ido á Madrid, pasó por allí, según su costumbre, pues vivia enfrente.

Detúvose á la puerta del joyero, y dió las buenas tardes á su hermana.

—¿Sabe V. lo que me han contado, señora Gervasia? (añadió): y en verdad que se lo voy á decir en un instante, porque ya me he detenido demasiado, y tengo prisa.

—¿Y qué es ello?—preguntó la viuda, cuya cara, risueña antes de ser culpable, estaba ahora siempre taciturna y sombria.

—¿Qué ha de ser? Que el chico de la señora Isidora se ha marchado á Madrid.

—Ya lo sé,—respondió bruscamente la hermana del joyero.

—¡Ya lo creo! ¡Se lo dije yo á V.! Pero es que hay aún más.

—¿Qué más?

—¿Que más? Que le han puesto en casa del diamantista de S. M.

—¡Ah!—exclamó Gervasia, cuyo semblante se vistió de palidez, cubriéndose en seguida de un arrebatado carmín.

—¡Ah!—exclamó á su vez Lorenzo, que canturreaba en el fondo de la tienda.

—Pues, sí, señora (prosiguió la vecina): el señor cura que le llevó por encargo de su madre, visto que aquí nadie le quería enseñar el oficio, le ha proporcionado tan excelente colocación, con otra ventaja.

—¿Aún hay más ventajas?—preguntó Gervasia con un acento indefinible.

—Sí, señora. Figúrese V. que, enamorados sin duda de la hermosura del chico, porque no se puede negar que es muy hermoso, y de sus buenos modales, le han buscado un maestro de música para que vea cumplidos sus deseos de aprenderla; de modo que ahora resultará buen músico y buen joyero, lo que será una dicha para su madre.

—¡Ciertamente!—murmuró Gervasia, sin saber muy bien lo que decia.

La vecina, sin advertir la impresión que sus palabras habían causado, se despidió, y se fué á su casa.

Gervasia no durmió, pensando en que su afán de hacer mal había abierto las puertas de la fortuna á la misma criatura á quien odiaba tanto.

Este es por lo común el castigo que Dios da á los envidiosos. Sus tiros envenenados se vuelven contra ellos, y labran su desventura, al mismo tiempo que se regocijan con la seguridad de causar la ajena con sus viles tramas.

VI

Tres años después de los sucesos referidos, el señor S...., diamantista de la Casa Real de España, bajó una mañana algo preocupado al taller.

Era un hombre ya anciano, pero bien conservado y robusto.

Su fisonomía expresaba calma y bondad, y toda su persona respiraba el aseo y una pacífica y agradable tranquilidad.

Cuanto poseía se lo debía á sí mismo, porque había empezado á trabajar siendo muy pobre, y sólo su perseverancia y su fuerza de voluntad habían hecho de él un hombre rico y considerado.

Los dependientes tarareaban trozos de las óperas que más gustaban, según era su costumbre, cuando bajó el principal; eran cuatro muchachos de veinte y veinticinco años, todos alegres, robustos y ostentando en sus trajes ese esmero algo amanerado, que es un medio entre el artesano y el artista.

En el rincón más apartado de la tienda, pero colocado donde le daba perfectamente la blanca luz de la mañana, se veía un muchacho cuya belleza parecía radiante en el sitio que él ocupaba.

Aparentaba de doce á trece años; á pesar de estar sentado, se conocía que su estatura era aventajada para tan corta edad; era blanco con la diafanidad del nácar, delgado y débil como una doncella.

Sus grandes ojos azules, guarnecidos de largas y sedosas pestañas color de oro, estaban inclinados á la sazón sobre un dibujo delicadísimo que estaba terminando; las ricas ondas de sus cabellos rubios, que cubrían su sien y su mejilla, dejaban ver, no obstante, la pureza admirable de su delicado perfil, y así inclinado, en una postura indo-

lente y cuidadosa á la par, tenía su persona algo de poético, de triste y de encantador.

Era un artista: un gran artista, de esos que hasta la multitud distingue de entre los seres vulgares; el genio abrumaba aquella frente despejada y serena, é impedía nutrirse y robustecerse materialmente aquel cuerpo gracioso y flexible á la vez.

Su traje era muy esmerado; pantalón de lana dulce gris-perla, chaleco de piqué anteado, y chaqueta inglesa de pañete azul turquí, con botones de azabache; todo esto acompañado y realzado por una rica bota charolada, por una camisa de holanda y una linda corbata de raso color de cereza.

Por bajo de las mangas de su chaqueta salían los puños almidonados de su camisa, cerrados con dos botones de esmeraldas, y adornando sus admirables manos, blancas como el marfil bruñido.

No parecía artesano, sino artista; no parecía dependiente, ni aun hijo del rico platero, sino un joven duque que se hubiera sentado allí á hacer un dibujo exquisito, para sacar de un apuro al joyero.

No hay aristocracia más pura, más delicada, más imponente que la del talento; si ponéis juntos á un genio y á un gran señor, el genio os cautiva sin duda mucho más.

Todos cantaban como he dicho: sólo el joven guardaba silencio, absorto enteramente en su tarea.

—Vamos, señores; háganme Vds. el favor de callar (dijo el joyero al poner el pie en la tienda): hoy tengo malísimo humor.

Los dependientes dejaron los útiles del oficio, volviéndose á mirar al principal, como interrogándole.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó el oficial mayor, que se atrevió á interrogarle también de palabra.

—Luego se lo diré á Vds.,—repuso el joyero.

Y volviendo la espalda, se acercó sin hacer ruido adonde estaba el hermoso adolescente. Apoyóse en su silla sin que el joven lo sintiese; tan absorto se hallaba en su tarea.

El maestro permaneció algunos instantes contemplándole: todas las nubes de su rostro desaparecieron, y por último echó su brazo izquierdo alrededor del cuello del joven, exclamando:

—¡Soberbio! ¡Magnífico!

El adolescente se volvió, sorprendido.

—¡Ah! (exclamó con voz débil y dulce): ¿estaba V. ahí, señor?

—Sí, aquí estaba, hijo mío (repuso el joyero, echando entonces los dos brazos al cuello del artista): aquí estaba, y ya hace rato. ¿Sabes que lo que has hecho es admirable?

—¿Valdrá para el caso?—preguntó el artista con una media sonrisa.

—¿Que si valdrá? Si se puede copiar tu dibujo para la escribanía, será la cosa más admirable que haya salido del arte de San Eloy (1).

Hablando así, el platero examinaba con profunda satisfacción el dibujo del jovencito, que, como ya he dicho, era una maravilla de buen gusto y delicadeza.

Representaba á Cibeles, deidad mitológica, sentada en un carro, del cual tiraban cuatro cisnes que parecían orgullosos de su carga.

La diosa, coronada de espigas, pámpanos, flores y racimos, estaba enhiesta y erguida en la concha que la servía de asiento, y llevaba en la mano el cuerno de la abundancia, del cual brotaban frutos y flores. Sobre el pedestal en que el carro descansaba, se veían pintados los atributos del poder de aquella benéfica deidad: flores delicadísimas, frutos llenos de belleza, peces, aves, un mundo en pequeño de rica poesía.

Después de haberlo examinado el platero con toda detención, y de haber dejado que lo examinasen sus dependientes, repitió:

—Si hubiera quien copiara esto, saldría una obra maestra del arte y digna del personaje á quien se dedica. ¡Ay! ¿Quién podrá ejecutar este maravilloso dibujo con la precisión y exactitud que requiere?

—Yo,—respondió el joven con la mayor sencillez.

—¡Tú!—exclamó el platero sorprendido.

—Yo, maestro: ¿qué hay en ello de extraño? Nadie mejor que el que ha inventado el dibujo puede ejecutarlo.

—Es cierto, es cierto, hijo mío; pero tú has trabajado poco, porque te he dedicado casi exclusivamente al dibujo.

—Es verdad, maestro; pero cuando es preciso, se sacan fuerzas de flaqueza.

Te voy á dar una noticia, que es probable te haga olvidar los propósitos de trabajar,—dijo el joyero, no sin alguna tristeza.

---

(1) San Eloy, platero, y patrón del gremio de los mismos.

—No hay noticia alguna que me haga olvidar de lo que debo á mi querido maestro,—repuso el joven.

—Veremos.

—Venga la noticia.

—Pues has de saber que tu abuelo te envia un piano.

—¡Un piano!—repitió el niño, cuyos grandes ojos azules despidieron rayos de gozo.

—¿Lo ves? Ya estás vuelto de juicio, y con razón; pero todavía te pondrás más fuera de seso cuando veas el piano.

—¿Tan hermoso es?

—Magnífico; todo está hecho por la mano de tu abuelo, según me dice en su carta; pero toma, léela tú mismo.

El joyero sacó del bolsillo de su holgada bata de seda, una carta que alargó al joven: éste la tomó con mano temblorosa; apenas acertaba á abrirla, y en sus ojos temblaban lágrimas de emoción y de gratitud.

Sacó, por fin, la carta de su cubierta de papel, la desdobló, y aparecieron los gruesos caracteres que traza siempre una mano anciana é inexperta.

La carta decía así:

«Mi estimado é inolvidable Sr. S....: Por las últimas cartas de mi nieto, sé que es V. con él más bueno cada día. Dios se lo pague con mucha dicha en este mundo, y mucha gloria en el otro. Lo mismo dice mi hija Isidora, que andaría una semana de rodillas por evitar á V. un solo momento de pena.

»Según nos han dicho algunas personas que han visto á nuestro Eduardo, éste está vestido y equipado como el hijo de un marqués. Le da V. un duro diario hace más de un año, y, además de dárselo, se lo guarda y se lo hace producir, según nos han dicho, para librarle de la suerte de soldado, cuando llegue el caso; pero, señor, no se apure V. por eso, porque aún tiene el abuelo Crisóstomo algunas onzas en una vieja cómoda que hay en su cuarto, para gastarlas en su nieto, que es lo que más quiere en el mundo desde que su santa mujer salió de él.

»Pues, señor, vamos al caso, para no cansar á V. más: ha de saber V. que mientras vigilaba el taller, empecé un piano para mi

chico, y tal ha sido el gusto con que he trabajado en él, que le he concluído, pero de una manera muy lujosa: puedo decir, sin vanidad, que es una alhaja, y que ni en las fábricas nacionales, ni en las extranjeras, se podrá hallar uno que compita con él; viéndolo concluído, he dicho: ¿para qué lo quiero aquí? Lo enviaré al niño, y así lo hago; va muy bien empaquetado, y llegará á esa el mismo día que esta carta, por la tarde; si el chico es tan buen músico como nos dicen, se alegrará de verlo, y más de usarlo.

»Isidora me encarga sus afectos para V.; ella y yo escribiremos al niño, para decirle cuánto me ha gustado la tabaquera de oro y plata que me ha enviado, y cuán loca está su madre con los pendientes de perlitas y esmeraldas que le ha enviado á ella: las dos cosas son, según nos dice, trabajadas por su mano.

»Mi querido Sr. S...., consérvese V. bueno, y dando un abrazo á mi nieto, y otro por su madre, sabe V. cuánto le estima su agradecido servidor,

»Crisóstomo.»

Muchas lágrimas cayeron sobre esta carta, en tanto la leía el joven artista; la emoción más viva se pintó en sus delicadas y encantadoras facciones, y se conocía bien cuánto poder tenían en aquella alma tierna y sensible las afecciones de la familia.

—Vamos, hijo (dijo el maestro); basta de llorar, que no te he dado esta carta para que te aflijas; si sigues así, no te doy otra que tengo para tí.

—¿Una carta para mí? (exclamó Eduardo gozoso.) ¿Y de quién, de quién?

—¿Cómo puedo yo saberlo? Hela aquí, cerrada y todo como la he recibido; venía dentro de la de tu abuelo.

Y el joyero sacó del bolsillo de su chaleco una cartita muy pequeña, y cerrada con un sobre finísimo, encima del cual estaban escritas estas palabras:

PARA EDUARDO.

La letra era evidentemente femenina, ó mejor dicho, infantil; era pequeñita y fina, como convenía á aquella carta diminuta, pero des-